

O aquel «ven y ven» tan alusivo, capaz de llevar a los espectadores a cualquier parte. No, aquél no era precisamente el público de la Mercé. Empieza a destacar su personal estilo, en una reposición de la zarzuela *Los sobrinos del capitán Grant*, en la que interpretaba el baile de «La Zamacueca». Y aquella chiquilla de fina estampa, que para disimular su niñez se ponía rellenos, logra llamar la atención al interpretar su número con una gracia y un desplante que escapan de lo rutinario. Después actúa en el teatro Romea, en el Príncipe Alfonso y en el Salón Madrid. Hace números mixtos de canto y baile; pero, al filo de los días, se va perfilando en ella su arte de gran danzarina, muy exigente con ella misma. Sabe que aquellas actuaciones, a veces en ambientes un tanto sórdidos, se tienen que terminar y está segura de ello, porque no se conforma, y ensaya y estudia con ahinco y con una tenacidad admirable.

Díaz de Quijano ha escrito en *Estudios Escénicos*, que, actuando Antonia Mercé en el tabladillo del madrileño Romea:

...los intelectuales y la élite de Madrid le hicieron un homenaje, llevándola nada menos que al Ateneo, desde las crujientes tablas del Romea. Y el público iba por ella, un público aparte, lo que dio lugar a que el empresario de aquel teatrillo organizase unos «Jueves Argentina», en que sólo actuaba ella, origen de los futuros recitales de baile, que también ella creó, como cuanto se relaciona con esta era del baile español³.

En 1906, la *Argentina* ha adquirido cierta popularidad. Su nombre figura junto al de la Fornarina, Mata-Hari, Pastora Imperio, Candelaria Medina, la Monteverde... en el Central Kursaal de Madrid. Era un frontón para jugar a la pelota vasca, situado en la plaza del Carmen, que, por las noches, se convertía en sala de varietés. El público que asistía era de lo más variopinto. Los intelectuales, capitaneados por Valle Inclán, tenían allí su palco reservado. A él solían ir los artistas a descansar después de su actuación. Ricardo Baroja lo describe en su libro *Gente de la Generación del 98*. Con motivo de la boda de Alfonso XIII llegó a Madrid un tren cargado de príncipes de todo el orbe real. Uno de ellos, el marajá de Kapurtala, vio un día a la bailarina Anita Delgado, que salía de un ensayo. La Delgado formaba dúo con su hermana, bajo el nombre de «Hermanas Camelias» y el príncipe se enamoró locamente de Anita. El maharajá no paró hasta llevársela «por las buenas»; es decir, convertida en princesa, a su palacio de «Las mil y una noches». Valle Inclán y su *cónclave* fueron el artífice de esta boda, escribiendo a Anita las más amorosas cartas a su príncipe. El gran escritor gallego disfrutaba en los cafés cantantes. En una entrevista declaraba: «La *Imperio*, la *Tórtola* y la *Argentina* me producen una gran emoción estética».

Primer contrato internacional

Antonia Mercé firma su primer contrato para actuar fuera de España, en el Casino Internacional de Figueira de Foz, en Portugal. Es también el primer país que visita la que será un día artista de fama internacional. ¿Cómo es la bailarina, físicamente, en esta épo-

³ Máximo Díaz de Quijano. «Antonia Mercé». *Estudios Escénicos*. Cuadernos del Instituto del Teatro, n.º 3. Barcelona, 1958, p. 90.



ca? Fuera del escenario no es una mujer atractiva, mejor dicho, su belleza no es la que dictan los cánones del momento:

...es una joven de boca grande y frente bien modelada, tez morena, ojos grandes y húmedos, con unas ojeras trémulas y moradas. Toda ella es nerviosa y sacudida de estremecimientos, delgada y angulosa, con una gracia especial y febril muy tensa. Con manos y pies grandes, su rostro luengo y equilo algo descuadernada de figura y los pies un tanto zancudos, apenas aparece en escena lo supera todo con la gracia de sus movimientos y la suprema sugestión de sus ademanes, de su gesto. Es la danzarina más humana, más suave y enternecedora que ha conocido el baile español⁴.

Antonia Mercé alterna las actuaciones de sus inicios en salones, cafés concert y teatros del género, con sus interpretaciones como bailarina y canzonetista en las salas de cine. Tras las largas películas, divididas en episodios, como *Los misterios de Nueva York*, en los cines daban una segunda parte de varietés. El mismo pianista que animaba las escenas cinematográficas del cine mudo de la época, acompañaba a las artistas de varietés. Antonia empieza a viajar por España. En Barcelona debuta en el teatro Arnau, en Eldorado, en el Salón Doré. En la publicación *La tierra cartagenera*, de 12 de julio de 1908, podemos leer: «La notable artista de baile *Bella Argentina* hizo anoche su aparición en este favorecido salón y como en todas las campañas que ha realizado aquí, la «reina de la farruca» obtuvo un gran éxito». Actúa en el madrileño Salón Novelty, en el Teatro Príncipe Alfonso, en el Gran Café Teatro de Madrid. Su actuación en el Salón Madrid es destacada por el cronista Cristóbal de Castro, entre sus compañeras La Fornarina, Amalia Molina, Pura Martínez, la Bella Monteverde, la Esmeralda. Su nombre se va consolidando como artista insólita, que se aparta de los estereotipos académicos. Impone una estética a sus actuaciones. Sus inquietudes artísticas, intelectuales y creativas la empujan hacia tendencias renovadoras. Pero no es fácil descollar en aquellos ambientes de «alterne» y timbas del «siete y medio».

En 1909 siguen sus actuaciones en el Teatro Variedades, en el Salón Artístico, en el Pabellón Fino y en el Cine Martín, con números mixtos de cante y baile, después de las bélicas escenas, en la pantalla, de la campaña de Melilla. Antonia anima el espectáculo con el número del columpio, que se hará muy popular. Era el comienzo del destape por los pies. Por encima de las cabezas de los encandilados espectadores volaban las enaguas de las vedettes y aquellas vislumbradas pantorrillas destellaban morbo.

El sueño de París

Un año más tarde, en 1910, Antonia actúa por primera vez en París. Francia es un país por el que siente especial atracción, quizá porque ha estudiado su idioma desde niña. En la Ciudad-Luz debuta en los Campos Elíseos, en *Le Jardin de Paris*. De aquí pasa al *Moulin Rouge*, donde estrena la revista *L'amour en Espagne*, de Quinito Valverde, cuya música alcanzará gran popularidad. Tiene como compañeros de baile a Antonio Bilbao y al

⁴ Montsalvatge-Luján, op. cit., pp. 55-56.